

Benjamin Constant

LOS AMORES INCONSTANTES

Adolphe, Cécile, Amélie y Germaine, El cuaderno rojo

PERIFÉRICA



LOS AMORES INCONSTANTES

LARGO RECORRIDO, 216

Benjamin Constant
LOS AMORES INCONSTANTES

TRADUCCIÓN DE MANUEL ARRANZ

Adolphe
Cécile
Amélie y Germaine
El cuaderno rojo

EDITORIAL PERIFÉRICA

ADOLPHE

HISTORIA ENCONTRADA
ENTRE LOS PAPELES DE UN DESCONOCIDO

Hace muchos años hice un viaje a Italia. Me detuve en una posada de Cerenza, pueblecito de Calabria, porque el Neto se había desbordado; en la misma posada se encontraba un extranjero obligado a permanecer allí por la misma causa. Era un hombre silencioso y parecía triste. No mostraba ninguna impaciencia. Como era la única persona con quien hablar en aquel lugar, de cuando en cuando me lamentaba del retraso que aquello significaba para nuestro viaje. «Me da igual –me respondió– estar aquí o en cualquier otra parte.» Nuestro hospedero, que había estado hablando con un criado napolitano al servicio de aquel extranjero sin saber su nombre, me dijo que no viajaba por curiosidad, pues no visitaba ni las ruinas, ni los paisajes, ni los monumentos, ni a los hombres. Leía mucho, pero nunca de forma continuada; se paseaba por la tarde, siempre solo, y a menudo se pasaba días enteros sentado, inmóvil, con la cabeza apoyada en las manos.

Cuando se restablecieron las comunicaciones y ya podíamos partir, aquel extranjero cayó muy enfermo. Consideré un deber de humanidad prolongar mi estancia junto a él para atenderlo. No había en Cerenza más que un médico de pueblo y decidí enviar a alguien a Cosenza en busca de una ayuda más eficaz. «No vale la pena –me dijo el extranjero–. Este hombre es precisamente el que necesito.» Tenía

razón, seguramente más de lo que él mismo había pensado, pues aquel médico lo curó. «No os imaginaba tan hábil», le dijo con humor al despedirse de él; luego me agradeció los cuidados y partió.

Varios meses después recibí, en Nápoles, una carta del hospedero de Cerenza, con una cajita que habían encontrado en el camino que conduce a Strongoli, camino que el extranjero y yo habíamos tomado, aunque por separado. El hospedero estaba seguro de que pertenecía a uno de nosotros dos. Contenía muchas cartas muy antiguas, sin direcciones, o con las direcciones y las firmas borradas, un retrato de mujer y un cuaderno que incluía el relato o la historia que van a leer. El extranjero, propietario de aquellos efectos, no me había proporcionado, cuando nos despedimos, ningún medio para escribirle, así que los conservé durante diez años, indeciso sobre el uso que debía darles, cuando, hablándole de ello por casualidad a algunas personas en una ciudad de Alemania, una de ellas me pidió insistentemente que le confiara el manuscrito del que era depositario. Al cabo de ocho días, me devolvieron aquel manuscrito junto con una carta que he puesto al final de este relato, porque no se entendería si se leyera antes de conocer la historia misma.

Aquella carta me decidió a publicar este relato, convencido de que no puede ofender ni comprometer a nadie. No he cambiado ni una sola palabra del original; ni siquiera la supresión de los nombres propios es mía: estaban indicados, como lo siguen estando, por las letras iniciales.

CAPÍTULO I

A mis veintidós años, acababa de terminar mis estudios en la universidad de Gotinga. La intención de mi padre, ministro del elector de ***, era que recorriera los países más sobresalientes de Europa. A mi regreso, su intención era meterme en el departamento que él dirigía y prepararme para que un día lo reemplazara. Yo había logrado, gracias a un trabajo pertinaz, en medio de una vida muy disipada, algunos éxitos que me habían distinguido de mis compañeros de estudio y que habían hecho a mi padre abrigar esperanzas probablemente muy exageradas sobre mi persona.

Aquellas esperanzas lo habían vuelto muy indulgente con muchos de los errores que yo había cometido. Nunca me hizo sentir las consecuencias de aquellas faltas. Siempre había cedido a mis ruegos, algunas veces incluso se había adelantado a ellos.

Desgraciadamente, su conducta era más noble y generosa que tierna. Yo sabía que él tenía todo el derecho a exigirme gratitud y respeto, pero jamás existió confianza entre nosotros. Había en su temperamento un punto de ironía que se avenía mal con mi carácter. Yo no pensaba entonces más que en entregarme a aquellos impulsos primitivos e impetuosos que arrojan el alma fuera de los caminos trillados y le inspiran desprecio por todo lo que la rodea. Yo encontraba en mi padre no a un censor, sino a un observador frío

y cáustico que primero sonreía lleno de conmiseración y que acto seguido terminaba la conversación con impaciencia. No recuerdo, durante mis primeros dieciocho años de vida, haber tenido una charla de una hora con él. Sus cartas eran cariñosas, llenas de consejos sensatos y afectuosos, pero, apenas nos encontrábamos el uno en presencia del otro, había en él algo embarazoso que no podía explicarme y que provocaba en mí una reacción penosa. A la sazón yo no sabía lo que era la timidez, ese sufrimiento interior que nos persigue hasta en la edad más avanzada, que hace que reprimamos nuestras emociones más profundas, que congela nuestras palabras, que, distorsionando en nuestra boca cuanto tratamos de decir, no nos permite expresarnos más que mediante frases vagas o una ironía más o menos amarga, como si quisiésemos vengarnos de nuestros sentimientos por el dolor que experimentamos al no poderlos exteriorizar. Yo no sabía que, incluso con su hijo, mi padre era tímido y que a menudo, después de haber esperado de mí durante mucho tiempo alguna muestra de afecto que su aparente frialdad parecía prohibirme, me dejaba con los ojos arrasados en lágrimas y se quejaba a otros de que yo no le quería.

La intimidación que sentía en su presencia tuvo una gran influencia en mi carácter. Tan tímido como él pero más nervioso, porque yo era más joven, me acostumbré a guardarme mis sentimientos, a no hacer más que planes solitarios, a no contar más que conmigo para su ejecución, a considerar los consejos, el interés, la ayuda y hasta la mera presencia de los demás como una molestia y como un obstáculo. Adquirí el hábito de no hablar jamás de aquello que estaba haciendo, de participar en las conversaciones sólo como una necesidad inoportuna y animarlas entonces con incesantes bromas que me las hacían menos fatigosas y que

me ayudaban a ocultar mis verdaderos pensamientos. De ahí proviene que no me relaje nunca, algo que todavía hoy mis amigos me reprochan, y una dificultad para conversar con seriedad que siempre me ha costado mucho superar. Aquello provocó en mí al mismo tiempo un ardiente deseo de independencia, una gran impaciencia con respecto a los vínculos que tenía y un invencible miedo a contraer otros nuevos. Únicamente me encontraba a gusto cuando estaba solo, e incluso hoy en día es tal el efecto de esta disposición de mi ánimo que, en las circunstancias más insignificantes, cuando debo elegir entre dos opciones, la presencia humana me turba y mi reacción natural es huir de ella para poder deliberar en paz. Sin embargo, carecía del profundo egoísmo que semejante carácter parecía anunciar: aun interesándome exclusivamente en mí, ese interés era muy débil. Tenía en el fondo de mi corazón una necesidad sentimental de la que no me daba cuenta, pero que, al no encontrar cómo satisfacerse, me apartaba sucesivamente de todo aquello que atraía mi curiosidad. Esta indiferencia hacia todo se fue incluso acrecentando por la idea de la muerte, idea que me había impresionado muy joven y que los hombres suelen soslayar, cosa que no puedo entender. A los diecisiete años había visto morir a una mujer mayor, cuyo espíritu, notable y extravagante, había empezado a modelar el mío. Aquella mujer, como tantas otras, en su juventud se había lanzado, con una gran fortaleza de ánimo y unas facultades realmente imponentes, a un mundo que desconocía. Como tantas otras también, sin plegarse a los convencionalismos artificiales pero necesarios y viendo truncadas sus esperanzas había pasado su juventud sin pena ni gloria, y finalmente la vejez se había apoderado de ella sin someterla. Vivía en un castillo vecino a una de nuestras propiedades, insatisfecha y retirada, con su inteligencia como

único recurso y analizándolo todo con ella. Durante casi un año, en nuestras interminables conversaciones, examinamos la vida en todos sus aspectos y la muerte siempre como término de todo, y, después de haber hablado tanto de la muerte, vi cómo ésta se la llevaba a ella delante de mí.

Aquel suceso me llenó de un sentimiento de incertidumbre sobre el destino y de una vaga ensoñación que no me abandonaría nunca. Leía preferentemente a los poetas que recordaban la brevedad de la vida humana. Me parecía que no merecía la pena hacer ningún esfuerzo para conseguir nada. Y es bastante curioso que aquella impresión sólo se debilitara precisamente a medida que he ido acumulando años. ¿Será porque en la esperanza hay algo sospechoso y porque, cuando se retira del curso de la vida del hombre, esta vida adquiere un carácter más severo pero también más positivo? ¿Será que la vida parece más real cuando desaparecen todas las ilusiones al igual que la cima de los cerros se dibuja mejor en el horizonte cuando las nubes se disipan?

Después de abandonar Gotinga me dirigí a la pequeña ciudad de D***. Esta ciudad era la residencia de un príncipe que, como la mayoría de los príncipes de Alemania, gobernaba con benignidad una región muy poco extensa, protegía a los hombres ilustrados que fijaban en ella su residencia, dejaba que todas las opiniones circularan con completa libertad. Sin embargo, limitado por tradición al entorno de sus cortesanos, se rodeaba sólo de hombres en su mayor parte insignificantes o mediocres. En aquella sociedad se me recibió con la curiosidad que inspira instintivamente cualquier extranjero que viene a romper el círculo de la monotonía y de la etiqueta. Durante algunos meses no vi nada que pudiera cautivar mi atención. Estaba agradecido por las atenciones que recibía, pero, fuera porque mi timidez me impedía aprovecharlas, o fuera por la fatiga de una agitación sin

sentido, prefería la soledad a los insípidos placeres a los que se me invitaba a participar. No sentía animadversión contra nadie, aunque pocas personas me inspiraban interés; pero los hombres se ofenden por la indiferencia, pues la atribuyen a la mala voluntad o a la afectación, y se niegan a creer que uno sencillamente se aburre con ellos. En ocasiones, trataba de contener mi tedio y me refugiaba en un silencio profundo que tomaban por desprecio. Otras veces, cansado yo mismo de mi silencio, me abandonaba a algunas bromas, y entonces mi ingenio me arrastraba más allá de toda moderación. Descubría en un solo día todas las ridiculeces que había observado durante un mes. Los confidentes de mis súbitas e involuntarias efusiones no me demostraban ningún agradecimiento por ello, y tenían razón, pues era la necesidad de hablar la que me empujaba a hacerlo, y no la confianza. En mis conversaciones con aquella mujer, la primera que había hecho fructificar mis ideas, desarrollé una insuperable aversión por todos los lugares comunes y las fórmulas dogmáticas. Así pues, en cuanto oía a los mediocres disertar con aire de satisfacción sobre los principios bien arraigados, inmutables en asuntos de moral, de decoro o de religión, cosas que suelen colocar al mismo nivel, me sentía impelido a contradecirlos, no porque yo tuviera opiniones opuestas, sino porque me impacientaban sus convicciones, tan firmes y solemnes. Por lo demás, no sé qué instinto me advertía de que no me fiara de aquellos axiomas generales sin excepciones ni matices. Los necios hacen de su moral una masa compacta e indivisible para que se mezcle lo menos posible con sus actos y los deje libres en todos los pormenores.

Con aquella conducta pronto conseguí una gran reputación de veleidoso, burlón y malvado. Mis amargas palabras se consideraron la prueba de un alma rencorosa; mis bromas,

un atentado contra cualquier cosa respetable. Aquellos de quienes, con torpeza, me había burlado hicieron fácilmente causa común con los principios que me acusaban de poner en duda: puesto que, sin quererlo, los había hecho reír a unos a expensas de los otros, todos se unieron contra mí. Se diría que, al revelar su ridiculez, traicionaba la confianza que habían puesto en mí; se diría que, al mostrarse en mi presencia tal y como eran, contaban con mi promesa de guardar silencio, pero yo no era consciente de haber aceptado un pacto tan oneroso. Ellos habían disfrutado dando rienda suelta a sus opiniones, mientras yo me deleitaba observándolos y describiéndolos, y lo que ellos llamaban *perfidia* me parecía una compensación de todo punto inocente y muy legítima.

No quiero justificarme aquí: hace tiempo que renuncié a ese recurso frívolo y fácil de una mente sin experiencia; ahora que me encuentro al abrigo del mundo, sencillamente quiero decir, y lo hago más pensando en otros que en mí mismo, que hace falta tiempo para acostumbrarse a la especie humana, teniendo en cuenta lo que el interés, la afectación, la vanidad y el miedo han hecho de ella. La admiración de la primera juventud por el aspecto de una sociedad tan artificial y compleja anuncia más bien un corazón natural que un espíritu malvado. Esta sociedad, por lo demás, no tiene nada que temer: pesa tanto en nosotros –su inexorable influencia es tan fuerte– que no tarda en moldearnos conforme al modelo universal. Entonces ya sólo nos sorprende nuestro antiguo asombro y nos encontramos cómodos en nuestra nueva forma del mismo modo en que acabamos por respirar sin dificultad en un espectáculo atestado de gente, mientras que al entrar lo hacíamos con esfuerzo.

Si algunos escapan a este destino general, ocultan en su interior su secreta disidencia; perciben en la mayoría de los

ridículos el germen de los vicios: dejan de bromear, pues el desprecio sustituye a la burla y, además, es silencioso.

Así pues, en la pequeña sociedad que me rodeaba, cundió una vaga inquietud sobre mi carácter. No se me podía achacar ningún acto reprochable, como tampoco se podían poner en duda acciones mías que parecían dictadas por la generosidad o la abnegación. Sin embargo, se rumoreaba que yo era un hombre inmoral, un hombre poco de fiar: dos epítetos felizmente inventados para insinuar hechos que se ignoran y dejar adivinar lo que no se sabe.